HORIZONTES Y CONVERGENCIAS
Lecturas Históricas y Antropológicas sobre el Derecho
Publicación de investigaciones científicas de actualización continua

Fecha de presentación: 21 de julio de 2010
Fecha de publicación: 27 de julio de 2010

Policía y reclutamiento. Hombres y organización policial en Buenos Aires, 1880 y 1910[1]

Viviana Barry

IDAES – UNSAM
vivianabarry@fibertel.com.ar

"Es Videla uno de eso criollos de vieja cepa
de que van quedando ya bien pocos ejemplares
entre el aluvión cosmopolita de la gran urbe.
Basta verlo una vez, con su arrogante plante de hombre fuerte,
su sonrisa bonachona, de niño forzudo, su mirada serena y valiente,
que no rehuye jamás la visión directa, para darse cuenta de que se está tratando
con uno de esos raros hombres, hechos todos de una sola pieza,
que constituyeran un día la guardia noble de la raza"
Descripción del Sargento Esteban Videla.
En "Los Viejos Servidores", revista Sherlock Holmes,
20 de agosto de 1912

Los rasgos de la policía porteña entre 1880 y 1910 muestran la dificultad para la organización de un cuerpo policial estable, disciplinado y efectivo para la vigilancia y el mantenimiento del orden urbano, con visibles carencias materiales y fundamentalmente con un personal de elemental formación. Pero también en ese período encontramos la convivencia con intentos de reforma que apuntaban a la modernización de la institución pautando más claramente el perfil del policía deseado. Pautas de reclutamiento más precisas en sus condiciones, la creación de escuelas de formación profesional como mejoras materiales apuntaron a una organización policial más profesional como se dio durante la jefatura de Ramón Falcón (1906-1909) en un contexto social y urbano en constante transformación. En el período que abarca nuestro trabajo la policía se organizó en base una estructura burocrática precisa, ajustó sus funciones en torno al control del

[1] Este trabajo fue presentado en las XII Jornadas Interescuelas en el eje "Justicia y política: instituciones, tradiciones, prácticas", mesa "Actores, prácticas y discursos sobre las formas de justicia, control y delito en los siglos XIX y XX", Bariloche, Octubre de 2009.

espacio territorial (aunque más de las veces excedían los límites de la ciudad de Buenos Aires), la represión del delito y el mantenimiento del orden urbano, dado a su vez y en simultaneidad con los cambios en otras policías del mundo también en proceso de modernización. Hacia inicios del siglo, la indiscutida trascendencia del carácter represivo de la Policía de la Capital (fuertemente asociada a la figura de Falcón) fue visible en la serie de acciones de persecución, movilización en la calle de fuerzas policiales, detenciones, deportaciones e intervenciones armadas que se dieron en el marco de la creciente protesta social y obrera, especialmente entre 1900 y 1910. De algún modo represión y modernización policial se sucedieron de forma simultánea.

La propuesta de esta ponencia es analizar en ese contexto de organización y modernización policial las formas de reclutamiento del personal policial, el perfil de los hombres que ingresaban a la fuerza como las estrategias institucionales para su formación, iniciadoras del proceso de profesionalización.

Una de las dificultades mayores que tuvo la institución fue la de reclutar y retener personal estable. La huida y abandono de los puestos impedía - según argumentó recurrentemente la propia institución - tener una policía eficiente. Entre 1880 y 1890 ser policía era una vía más para ingresar al mercado de trabajo pues el ser sargento, cabo o vigilante no era impedimento para un fácil intercambio con otras ofertas de trabajo de peón o jornalero, pese a que la diferencia salarial, al menos para la década del ´80, no pareció ser el motivo dada la paridad de sueldos. La entrada y salida de personal sumado a una escasa especialización y gran movilidad conspiraban sin duda en la formación de una base policial estable tentada de saltar hacia otras actividades mejor pagas o más requeridas por el dinámico mercado de trabajo. Esto se sumaba a la estacionalidad de la demanda en tareas vinculadas a la producción rural y agroexportadora, provocando que las épocas de cosechas fueran una sangría para la institución.

Aun en la primera década del siglo XX, esta realidad se mantenía y así lo denunciaba Ramón Falcón, Jefe de Policía entre 1906 y 1909 en sus memorias, cuando mencionaba que unos mil integrantes de la policía – algo así como un cuarto del total del personal – tomaban a la policía como medio transitorio de vida “cuando las cosechas exigen brazos dándoles utilidades pecuniarias mayores que las que produce el sueldo de agente, dejan este para ir buscando esas utilidades y vuelven cuando terminadas aquellas

se les hace difícil la vida en el campo".[2] Una situación similar se observa para el mismo período en el caso de las policías inglesas, (específicamente Manchester y Birmingham) en las que las dimisiones voluntarias marcaron un elevado índice de abandono de la policía debido a la dificultad para adaptarse a la vida policial y a la búsqueda de mejores condiciones de vida civil. En esos casos la pérdida de personal (calificado y no calificado) provocó la aceleración de medidas tendientes a elevar salarios, mejorar el prestigio social entre los sectores obreros (población fundamental para el reclutamiento) como perfeccionar condiciones de trabajo que habrían logrado estabilizar la situación hacia 1919.[3]

En el caso de la policía porteña, uno de los motivos más evidentes fue que en casi todo el período los requerimientos para entrar a la fuerza eran menores y se privilegiaba la recomendación de algún particular o redes de amigos de la institución para asegurar el ingreso. Desde 1868 la exigencia de moralidad, buena salud y buena conformación física, saber leer y escribir, tener buena conducta o un pasado como militar o guardia civil fueron los requisitos más exigidos. Luego, con la incorporación del servicio militar obligatorio en 1901, se lo sumó como exigencia. Así, y sin mayores modificaciones, oscilaron los requisitos en torno al reclutamiento facultándose en 1904 a los propios comisarios a proponer y seleccionar candidatos de acuerdo a esas precisiones.[4] Sin embargo, la urgencia por el reclutamiento y una deficiente reglamentación como la ausencia de una formación instructiva o física que tendiera a facilitar esas condiciones, facilitó en todo el período una forma de ingreso laxa, muchas veces decidida en el espacio de las propias comisarías y signadas por la urgencia de cubrir plazas vacantes.

El reclutamiento que nutría el personal de calle se dio sobre una población que varió dentro un amplio y heterogéneo abanico pero que mantuvo marcados rasgos criollos. Para 1909, sobre un total de casi cuatro mil hombres sólo 78 no eran argentinos, es decir algo más de un dos por ciento (en comparación, la policía de Río de Janeiro contaba con una presencia mayor de extranjeros en su tropa, alcanzando un 20% para ese

[2] Carta al Ministro del Interior, 10 de junio de 1907 en *Memoria de la Policía de Buenos Aires, Jefatura de Ramón L. Falcón, 1906-1909*, Capital Federal, Imprenta y Encuadernación de la Policía, 1909, p. 134 (en adelante *Memorias Falcón, 1906-1909*).
[3] Joanne Klein, "Leaving at his own request". Les démissions volontaires d´agents de police Britannique, Jean-Marc Berilière, Catherine Denys, Dominique Kalifa, Vincent Milliot *Métiers de police. Être policier en Europe, XVIIIe-XXe siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2008, p.189 y ss.
[4] *Orden del día*, 23 de diciembre de 1904

período y con altísimo índice de rotación).[5] El plantel porteño se compuso con hombres con antecedentes delictivos, antiguos soldados con servicio cumplido en el ejército de línea, escasos extranjeros y población del interior del país. La fisonomía más común era estatura mediana, tez morena, rostros marcados y curtidos, pelo oscuro, gruesos bigotes, de trato hosco y de pocas palabras.

El viajero Jules Huret en tiempos del Centenario, los contrastaba con la ciudad que lo deslumbró por su parecido con las capitales europeas:

> "El gran número de automóviles y berlinas particulares que circulan por las vías contribuye a formar la atmósfera de lujo de una ciudad rica. La única nota local, típica, la dan los ´vigilantes´ o guardias de baja estatura y tez achocolatada, de indios mestizos uniformados a la inglesa, todo de negro, incluso el casco. *Carric* negro también con botones de metal blanco. Se hallan siempre en medio de la calle, visibles y atentos siempre y bastante amables para los extranjeros que se dirigen a ellos".[6]

Rasgos que también incomodaban a algunos vecinos, quienes molestos por el aspecto y piel morena del policía de parada en la esquina de su calle, impulsaron pedidos al Jefe de Policía para su relevo o para que se lo afectara a cumplir rondas nocturnas, es decir hacerlos menos visibles.[7]

Las observaciones sobre rasgos físicos y culturales de los policías porteños también las encontramos en la prensa militante que observó y describió en tono despectivo a los vigilantes. En *La Vanguardia,* aparecen recurrentes notas de un tinte similar: "La policía de esta capital deja mucho que desear. Predomina en su seno un elemento que no ha podido sustraerse todavía de la influencia atávica del compadrazgo, de la brutalidad y de la ignorancia y en el cual se ha estrellado la influencia civilizadora de este comienzo de siglo. Su apego incorregible a las compadradas avergüenza a cada paso la cultura de su pueblo y su inferioridad étnica contrasta con el carácter europeo de

---

[5] *Censo General de Población, Edificaciones, Comercio e Industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Conmemorativo del Primer Centenario de la Revolución de Mayo, 1810-1910,* Bs.As., Cia. Sudamericana de Billetes de Banco, 1910, Tomo I; Marcos Bretas "A Polícia carioca no Imperio", *Revista Estudos Históricos, Rio de Janeiro,* vol. 12, n. 22, 1998, p. 219-234.

[6] Jules Huret *Del Buenos Aires al Gran Chaco I,* Biblioteca Argentina de Historia y Política, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, p. 45 y 46. Toma igual cita Ezequiel Martínez Estrada para reflexionar sobre el vigilante en la ciudad moderna, en *La cabeza de Goliat,* Biblioteca Argentina, Serie Clásica, p. 152.

[7] "Vecinos que sentían incurable fobia por los morenos…". Fernández Duque, *Medio siglo de historia de la Caja de Socorros de la Policía y Bomberos de la Capital, 1890-1940,* Bs.As., Ex Libris Biblioteca Policial, 1941, p. 70.

nuestra metrópoli. Y somos nosotros los que más padecemos una policía semejante" […].[8] En otra insisten: "Volvamos a repetirlo: los empleados policiales son los que se guardan machete al cinto, en su mayoría están muy lejos de ser modelos de cultura".[9]

Las denuncias o bajas por ebriedad de los vigilantes, mal desempeño de funciones, abandono del servicio, concurrencia a bares o casas de juego, la impericia para detener a un delincuente eran recurrentes tanto interna como externamente a la institución. Pero estas frecuentes contravenciones del plantel policial no parecen repercutir fuertemente en la limpieza interna de la fuerza.

La mala imagen de un servicio de estas características evidenciaba un problema policial que mostraba débiles intentos de solución y convirtieron en crónicos los reclamos por mayor presupuesto o mejora en la composición de la base policial.[10]

Pero sin duda el problema mayor para el reclutamiento de un plantel estable de vigilantes residía en las características del mercado de trabajo que – como ya se mencionó - llevó en algunas ocasiones a recurrir a un reclutamiento en el interior provincial con propuestas de adelanto de sueldo y pago de costos de viaje. Los escasos atractivos que tenía prestar servicio en la policía fueron explicados recurrentemente por la calidad de los salarios, por el desinterés de pensar en la carrera policial y por el desapego a la tarea. Los esfuerzos físicos, la disciplina del ejercicio policial sumado a un claro desprestigio popular por la tarea conspiraban contra un efectivo reclutamiento. También los repetidos riesgos personales y accidentes fueron considerados para abandonar los puestos. Los accidentes más comunes eran con los caballos, quemaduras en incendios, lesiones causadas por contraventores ebrios o resistentes a una detención, fracturas y hasta la muerte en accidentes en la calle o por enfrentamientos armados.[11] Las rondas de vigilancia a la intemperie, las altas temperaturas de verano o el frío del invierno, con indumentaria inadecuada poco ayudaban también. Los períodos de cosecha fueron los de mayor impacto en los pedidos de baja o abandono del servicio en el marco de un laxo

[8] "Nuestra policía", *La Vanguardia*, 24 de agosto de 1901
[9] "Gesta Policial", *La Vanguardia*, 16 de enero 1910
[10] Sandra Gayol en un trabajo que reconstruye el perfil del policía hacia finales de siglo, releva los datos de la comisaría de la Boca para el año 1877 para establecer cómo se componían las bajas por secciones. Para un total de 62 agentes, fueron 53 los que dejaron el servicio por ebriedad, 5 por frecuentar bares, otros 5 por faltar al servicio, 5 por quedarse dormidos en su parada, tres por robo y otros tres por propio pedido de su baja. En Sandra Gayol, "Entre lo deseable y lo posible: perfil de la policía de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral Nº 10*, Año VI, Primer Semestre, Santa Fe, 1996, p. 127
[11] Nómina de lesiones y daños personales del personal policial y de bomberos para el año 1908. Datos tomados de *Memoria Falcón, 1906-1909*, p. 555-568

sistema de licencias en la administración pública que facilitaba un juego de especulaciones con las posibles ofertas que fueran surgiendo en otros lugares.

Ahora bien, ¿quiénes trabajan de policía? La tarea de componer los rasgos del plantel policial no es sencilla. La ausencia de documentos que permitan acceder a datos o armar series de empleados se resolvió para esta ponencia reconstruyendo las características de ese plantel policial con los datos y descripciones que surgen del conjunto de documentación institucional, publicaciones periódicas y que ampliamos también hacia textos literarios. [12]

Si bien la base policial se conformó con hombres de origen marginal, mayormente analfabetos y que tomaron como opción transitoria el trabajo policial encontramos diferentes perfiles en ese reclutamiento conformando un plantel de rasgos heterogéneos.

La composición de la base policial con hombres con un pasado asociado al delito parece ser un rasgo principalmente marcado en los años ochenta, en los inicios de esa policía de la capital. Las recurrentes referencias en la *Revista de Policía* y los debates sobre la honorabilidad de la policía que allí se dieron muestran las dudas que caían sobre la base policial. Se reconoce que "en la gran máquina policial el vigilante es una de las piezas más importantes por lo que debe cuidarse que sea honrado y medianamente instruido (…) es deber pues observar una severa escrupulosidad en la elección de los individuos", anhelos que chocan con la evidente realidad de que "gran número de los que componen el personal son individuos viciosos y muchos de ellos han dejado recuerdos bien tristes en nuestra sociedad y han arrastrado en las cárceles las cadenas del presidiario". Y la sospecha confirmada de que los vínculos de amistad contraídos en las cárcel con los malhechores les "imponen deberes que no pueden prescindir más tarde" tolerando en su presente como agente otros delitos cometidos.[13]

No es difícil pensar que los integrantes del servicio de calle en los años ochenta no se diferenciaran mayormente de su objeto de vigilancia sumado a que en todo el período

[12] Vamos a considerar para parte de la definición del plantel policial los 16 casos de "Viejos Servidores" publicados por la revista *Sherlock Holmes* entre 1912 y 1913. Esta revista publicó una serie de pequeñas biografías, una especie de homenaje a los antiguos servidores de la policía con más de veinte años de servicio. La mayoría estaba muy próxima a jubilarse y en lo que es evidente la intención de hacer promoción de esos beneficios. Las biografías conforman una breve reseña de su vida y sus años de servicio, mencionan los hechos más destacados y publican la foto de cada uno de ellos. Agradezco a Lila Caimari por la generosa cesión de los números de esta revista de valiosa contribución para esta investigación y que fue digitaliza en el marco del proyecto PICT- UdeSA que ella dirige.
[13] *Revista de Policía*, Años I, número 4 , 30 de agosto de 1882

aparecen señales de tolerancia en este aspecto. En 1906 los requisitos para el ingreso a las compañías de cadetes establecían no haber tenido una condena o sobreseimiento por delitos o no haber reincidido en delitos menos graves, pero no anulaba los postulantes que los hubiesen cometido. Completaba esto una curiosa fe en la conversión de esas conductas con la experiencia dentro de la policía. Así, en sus memorias como Jefe de Policía, Ramón Falcón reconoció "un número bastante crecido de individuos viciosos" dentro de la fuerza, justificados por la dificultad de cubrir las vacantes y porque el propio trabajo policial funcionaría en definitiva como especie de modificador de conductas.[14] Será recién en 1910, cuando se establezca el requisito para el ingreso a la *Escuela de Agentes* el no contar con antecedentes penales. De todos modos, el ingreso a la policía se daba aún en esos años por diversas vías, convirtiendo a los requerimientos escritos en formalidades no siempre cumplidas. Como reconoce en 1911 el jefe de policía, la procedencia de sectores sociales marginales aparece como constante en todo la época, hombres "nacidos y educados [los] modestos servidores de nuestra institución entre los elementos populares".[15]

La delgada línea que separaba esos mundos de pertenencia fue dibujada con suma claridad por la literatura costumbrista. En *Memorias de un Vigilante* (1897) del célebre Fray Mocho, el autor recreó en la figura del agente Fabio Carrizo las andanzas en la ciudad de Buenos Aires de un joven policía proveniente del interior. En el relato desplegó las impresiones sobre la gran ciudad, el mundo del delito, pero fundamentalmente sobe la tarea de ser policía. Privilegia la descripción de un mundo nuevo para los ojos de este muchachito que recién llegado de provincia se reclutó como policía; el acercamiento a los códigos y caracteres propios de los delincuentes de la gran ciudad, el despliegue de un mundo que le era ajeno.

La recreación de este personaje evidencia el ingreso en la policía como refugio y salvaguarda – al parecer definitivo – de un mundo extraño y asociado al bajo fondo o al mundo del delito. La vida del propio agente Carrizo muestra de que modo en la existencia de un mismo individuo pueden sucederse diferentes pasajes o estados, de su pasado como "paria" y "desheredado" a un presente como agente policial, que si hace mérito puede llegar a sargento. Carrizo rememora la felicidad del día "en que después de cuatro años de rudo aprendizaje tuve en mi brazos la escuadra de cabo 2º de la 4º compañía. Era

[14] "Escuela de Agentes", *Memorias Falcón 1906-1909*, p. 41
[15] "Nuestro Agente de Policía", por Alberto Dellepiane *Revista de Policía*, 1-5-1911

alguien y esto es mucho para quien no había sido nada!".[16] El cuento se torna en moraleja y en el intento por mostrar la facilidad del ascenso a quien bien hace las cosas, del valor del esfuerzo. Una valoración del ingreso a la policía y las ventajas de pertenecer a un mundo que lo alejaba de la posibilidad de sumarse a otros.

Fuera del mundo literario, en octubre de 1907, el agente Sandoval pidió por intermedio de la jefatura de policía a la presidenta de la Sociedad de Beneficencia, ayuda y resguardo en algún asilo para sus hijitas, para librarlas de un certero destino de mala vida dada la "vida viciosa" que denuncia llevaba su esposa, la madre de las niñas.[17] Así, Sandoval intentaba rescatar a sus hijas del dudoso origen familiar recurriendo a la propia institución policial como canal para concretarlo.

El componente de hombres de provincia está muy presente y visible en los rasgos acriollados de esa policía. No sólo por la llegada de una migración interna a la ciudad conducida sin duda por un conjunto de circunstancias asociadas a vaivenes del mercado de trabajo y a los efectos de la movilización de hombres en los años ochenta por el ejército. También - como ya fue mencionado - por la búsqueda en las provincias de hombres que pudieran cumplir las vacantes en la capital. Aún en tiempos de la celebración del Centenario tal fue la solución pensada para cubrir puestos nuevos creados en ocasión de los festejos patrios. Así, jóvenes solos o con alguna carta de recomendación en el bolsillo llegaban a la ciudad en busca de alguna oportunidad que la policía rápidamente podía ofrecer.

La revista *Sherlock Holmes* los evoca como "criollos de vieja cepa de esos que van quedando bien pocos ejemplares entre el aluvión cosmopolita de la gran urbe" como el sargento Esteban Videla, ejemplo elegido para el epígrafe; o "la hermosa planta de soldado criollo" que era el sargento Bernardo Cuello; o el sanjuanino Salvador Benítez quien participó en la conquista del desierto; o el caso de Inocencio Viviani que es "un indio derecho" o el agente José Coñué que "es un fruto genuino de la pampa" cuyo vocabularios tiene "evocaciones del desierto…".[18]

Entre los datos que surgen de este relevamiento, es sumamente significativo que luego de más de veinte años de servicio – y un anhelo fuerte por llegar a la jubilación - no

[16] "De paria a ciudadano", Fray Mocho *Cuentos con policías*, p. 50
[17] Nota del Jefe de Policía a la presidenta de la Sociedad de Beneficencia Etelvina C. de Salas, 31 de octubre de 1907, Defensoría de Menores, 1904-1913, AGN, Legajo 7.
[18]"Viejos Servidores", revista *Sherlock Holmes*, referencias correspondientes a los números 20 y 27 de agosto, 3 de septiembre, 17 de diciembre de 1912 y 8 de abril de 1913.

hayan pasado del puesto de sargento como límite a la carrera de ascensos. Estos hombres no referencian formación alguna sino más bien parecen exaltar la "experiencia en la calle" y desdeñar de la formación más formal que está funcionando en la primera década del siglo. La práctica de rendir exámenes de promoción en la Policía de la Capital estaba limitada a un grupo de hombres cuya formación previa les facilitaba poder estudiar los programas, presentarse ante una mesa examinadora y obtener calificaciones para ganar los concursos. Si bien desde 1896 se pautó la promoción de cargos superiores por concurso con exámenes de competencia, quedó rápidamente en evidencia que la falta de preparación y formación sumadas a las exigencias de los exámenes (estudio del Código Civil, nociones de historia policial y de reglamentaciones, idioma francés) hizo poco frecuente esta práctica y la implementación de cursos preparatorios para los exámenes tampoco fue efectiva. Pese a estar vigentes estas disposiciones como la noción de examinar a los postulantes, el ingreso a la policía y la promoción interna se mantuvo por una diversidad de canales sin mediación de concursos. Una mayoría del plantel policial no optaba por esta vía, razón por la que se sucedía una diversidad de situaciones y eran comunes prolongados letargos en puestos bajos. La falta de preparación obturaba las posibilidades de ascenso fundamentalmente al personal subalterno hasta 1906, año en que se estableció una estrategia de vías de ascenso alternativas al examen de competencia (estas fueron por examen de competencia en el ámbito de la comisaría; por elección del comisario sobre el personal antiguo y por excepción para los casos de acciones heroicas). Al parecer, destinos y caminos diferentes van conformando una suerte de carreras paralelas entre hombres provenientes de diversas realidades y que tomarán opciones diferentes dentro de la fuerza.

Precisamente, el agente Lorenzo Ferreyra, originario de San Luis, ex soldado y próximo a jubilarse con sus casi veinticinco años de servicio en la policía "es otro de los veteranos que ha hecho su aprendizaje con el arma bajo el brazo, en los tiempos crudos en que la milicia no se reducía, como él mismo dice, a los ´firuletes´ de la academia".[19] Hace referencia sin duda a la Escuela de Agentes que funcionaba desde 1910 y fue heredera de las experiencias de las compañías de cadetes impulsadas con la reforma de Falcón entre 1906 y 1909. No es sólo la tensión entre práctica callejera y formación académica lo que marca este relato sino la evidencia de la escasísima formación con la

[19] "Viejos Servidores", revista *Sherlock Holmes* , 6 de febrero de 1913.

que estos hombres llegados del interior, con años de servicio en el ejército de línea y las visibles marcas de esa irrenunciable experiencia, de vivencias pueblerinas con aire a desierto fueron puestos a servir en una Buenos Aires cuyo destino cosmopolita ya estaba signado.

Así, encontramos experiencias extremas como la del agente José Cañué, quien fuera tomado prisionero a la edad de 16 años de las columnas del cacique Namuncurá en enfrentamiento con el Ejército Federal y "se ha mantenido tan indio como era cuando fue tomado prisionero".[20] Sus superiores cuidaron bien de que nunca sirviera en la calle y permaneciera dentro de la comisaría, pues bastó una vez como prueba cuando "intervino en una gresca callejera y recordando sin duda sus buenos tiempos de guerrero del desierto la emprendió a machete limpio".

Existen también algunas referencias de extranjeros en la policía, que entendemos más bien como una situación que pudo darse como experiencias esporádicas o alternativas de trabajo por tiempo muy breve para quienes entraran a Buenos Aires por el puerto, pero no como solución al problema del reclutamiento. Es difícil suponer que quien realizó una travesía tan prolongada y costosa lo hiciera para morir en la policía, para cubrir un puesto en una fuerza que seguramente participó en la decisión de abandonar su país de origen, si recordamos la incidencia de las causas políticas como impulso a numerosos casos de inmigración. Sumado a esto, los inmigrantes encararon la búsqueda de trabajo al ritmo de las posibilidades que fueran surgiendo: en el campo como puesteros o aparceros; changador en el puerto o la Aduana o para enrolarse en una cuadrilla de obras públicas, entrar en un taller o trabajar de dependiente en un comercio y con audacia probar suerte por cuenta propia. En suma, existían muchas maneras de empezar a trabajar y probablemente ninguna de ellas fuera definitiva ni estable.[21]

De todos modos, existen casos de quienes permanecieron años de servicio en la policía como el del agente Francisco Maghitelli que para 1913 todavía prestaba servicios

[20]Cañué, fue rescatado por un pariente luego de ser tomado prisionero por el Ejército Federal en enfrentamiento con las columnas del cacique Namuncurá. Fue puesto bajo la guarda del comisario Nazar quien lo hizo ingresar en la policía en 1891 para prestar servicio en la comisaría 7ª. Al momento de la entrevista llevaba 22 años de servicio y estaba próximo a jubilarse. "Viejos Servidores", revista *Sherlock Holmes* 8 de abril de 1913. El caso de Cañué no parece tan extraño si se considera la cuestión indígena posterior a las campañas militares. Para eso véase Enrique Mases "Estado y Cuestión Indígena: Argentina 1878-1885" en Juan Suriano (compilador) *La Cuestión social en Argentina 1870-1943,* Editorial La Colmena, Buenos Aires, 2000, p. 301 y ss.

[21] Hilda Sabato y Luis A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880,* Editorial Sudamericana, Bs.As., 1992, p. 248

y estaba pronto a jubilarse. "Tipo clásico de cocoliche bonaerense en toda su pintoresca característica de italiano acriollado" según lo describe la revista *Sherlock Holmes,* llegó a Buenos Aires en 1860 y con 65 años de edad y 23 de servicio sólo piensa en jubilarse en la policía, y se dice "contento de servir a la Argentina". Los datos muestran que entró en la policía ya con 42 años y luego de treinta años de permanecer en el país. Es decir no fue una opción de trabajo inicial y probablemente al ser recién en los años ´90 esté relacionado con un contexto de desempleo, motivo que siempre funcionó como disparador de candidatos que buscaban un trabajo y puesto de resguardo en la policía.[22]

Las memorias de un viejo policía que prestó servicios en la primera década del siglo relatan que en la comisaría ubicada en Lavalle y Suipacha "con excepción de muy pocos extranjeros, no recuerdo mas que a tres o cuatro, todos los agentes eran argentinos nativos, criollos hasta la médula, muchos del Norte y otros del Litoral (…) bien portados en el uniforme, pulcros, el cabello corto, afeitados, limpios…".[23]

La presencia de extranjeros en la policía fue sin duda menor, por lo que los efectos positivos de la inmigración ultramarina en relación al mercado de trabajo no habrían impactado de un modo determinante en la policía porteña para resolver la falta de candidatos. Los casos y referencias de extranjeros no logran conformar señas determinantes para considerarlos en la construcción de esos rasgos pero sí para reflexionar sobre esas experiencias de vida y en la composición de la base policial. Imaginar extranjeros, sin conocimiento de la ciudad y en muchos casos del idioma, sirviendo en tareas en comisarías o en rondas de vigilancia no hacen más que describir un curioso cuadro que conduce a pensar en confusos episodios y complicadas relaciones en la calle o con sus mismos pares. Así, el destino policial de quien abandonó su país de origen buscando prometedoras oportunidades de trabajo parece ser más bien el resultado de una mala experiencia de trabajo o la opción de un trabajo, si bien mal pago, seguro y prometedor de una jubilación, imposible de imaginar en el pueblo de origen.

Pero, evidentemente el componente más importante en la conformación del plantel policial del período fue el de los antiguos soldados del ejército, características de

[22] "Viejos Servidores" , *Sherlock Holmes,* 16 de enero de 1913.
[23] Nicolás Labanca *Recuerdos de la comisaría 3ª. Ambiente y acción policial hace 50 años.* Bs.As., Ediciones Viomar, 1960, p. 22.

reclutamiento compartida también por otras policías, como el caso de la policía de París.[24]

Entiendo que el reclutamiento entre esos soldados marca una sutil diferencia con el resto del plantel y una estrategia diferente al momento de optar por este trabajo, cuyo objetivo principal era el de permanecer hasta obtener el beneficio de la jubilación. Al momento de la reforma impulsada por Ramón Falcón en 1906, los antiguos soldados conformaban más del setenta por ciento de los agentes de policía contando el más joven con al menos 10 años de antigüedad.[25]

El enganche forzoso de hombres en el interior con destino a la Guerra del Paraguay que se dio entre 1865 y 1870; las movilizaciones militares entre mediados de los años ´70 y ´80 con destino a las campañas militares en el interior como finalmente la campaña al desierto provocaron una leva en el interior del país de miles de hombres jóvenes para la conformación del ejército de línea. Para el año 1884, alcanzaron a ser unos ocho mil que, una vez cumplidos los objetivos militares, se fueron desmovilizando a lo largo de las últimas décadas del siglo. Esas tropas se componían en teoría de voluntarios bajo contrato entre dos y seis años pero finalmente el reclutamiento se dio sobre hombres condenados por delitos comunes para quienes el servicio en el ejército oficiaba de especie de "presidio". Otros casos se dieron por enganche de "sargentos reclutadores" o "recomendaciones" de sospechosos realizadas por el juez de paz o comisarios locales.[26]

Es decir, el componente social de estas milicias se conformó con la marginalidad del interior del país, con hombres sin formación alguna y lindantes con el mundo del delito. La guerra y la milicia en tanto experiencia colectiva que contó con el

[24] Jean- Marc Berlière observa una situación similar para los hombres de la policía de Paris en el mismo período. Una crónica dificultad para el reclutamiento policial llevó a que Policías de Estado o policías de Paris fueran reclutados en altas proporciones (4/5 y 5/6 respectivamente) entre antiguos soldados y suboficiales con al menos cinco años de servicio, situación que marcó profundamente y de modo durable los rasgos policiales con "la mentalidad del mundo militar". En *Le monde* d*es polices en France*, Editions Complexe, Bruselas, 1996, p. 71-72. Igual situación describe Jean-Claude Farsy en relación al reclutamiento entre soldados y la garantía de un empleo reservado en la policía, norma vigente fundamentalmente para la policía de Estado. En "Itinéraires", Jean-Marc Berilière, Catherine Denys, Dominique Kalifa, Vincent Milliot *Métiers de police. Être policier en Europe, XVIIIe-XXe siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2008, p.159.

[25] "Escuela de Agentes", *Memorias Falcón 1906-1909*, p. 42-43

[26] Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1981, "El viejo ejército", p. 76. Este autor analiza el abismo entre esta tropa criolla que avergonzaba a parte del ejército y de la sociedad con la oficialidad que provenía de otros ámbitos sociales – al igual que los otros sin formación anterior – respondía a cadenas de recomendaciones. También puede verse allí los rasgos de este ejército y los efectos sobre la profesionalización militar.

entrenamiento en el manejo de armas, en la disciplina militar y del cuartel, en las luchas en el frente y en las prolongadas estadías en la campaña y el desierto, se diluyó con desmovilizaciones en una diversidad de destinos individuales. La policía porteña fue uno de esos destinos elegidos. [27] La realidad con la que se encontró esa diversidad de hombres una vez finalizados sus servicios en el ejército los llevó a tomar casi como única vía de reinserción social y laboral el trabajar de policía, siendo la de Buenos Aires la más tentadora. Así, por ejemplo un grupo importante de veteranos de la Guerra del Paraguay que fueron trasladados a la capital se quedó finalmente en la ciudad y tomó como opción de trabajo la policía porteña.[28]

Para estos hombres, la incursión en el mercado de trabajo era limitada ya que su experiencia más cercana - y marca de sus años de juventud - estaba asociada al cuartel. La estrategia fue ingresar a una fuerza que estaba en formación, que demandaba hombres y donde una carta de recomendación o el mismo pasado militar eran las llaves que garantizaban el ingreso. Así, la policía se conformaba como un destino seguro, de resguardo y garantía de beneficios salariales estables, servicio médico, de una Caja de Socorros con servicios mutuales – muy necesarios para los veteranos de guerra - y una jubilación que contabilizaba la antigüedad de aquellos años en el frente. La *Revista de Policía* lo justifica como el refugio honorable y obligado de todos los soldados y clases que se retiran del ejército "es allí donde continúan su modesto pero inapreciable servicio cuando por la edad o las enfermedades adquiridas en la intemperie de largas campañas por el desierto" sumado a un origen humilde les impide hacer carrera en otro ámbito y se ven obligados a ingresar a la policía.[29]

Los destinos desdibujados por los años en el ejército habían construido una experiencia de vida con dificultades para retomar el pasado en el interior y para la reinserción. Así, la policía sumaba hombres de oscuros y marginales orígenes que el paso por el ejército tampoco había implementado estrategias para su superación. Historiadores franceses han reflexionado sobre la influencia de ese reclutamiento policial de soldados y

[27] Existen algunos antecedentes de utilización de "mano de obra cautiva" conformada con prisioneros de guerra, básicamente de la Guerra del Paraguay para un aprovechamiento de mano de obra barata y obligadamente estable. Si bien no encontramos la referencia exacta, hubo casos de prisioneros paraguayos que terminaron sirviendo en la policía de la capital. En Sabato y Romero, *op. cit*, "Formas restrictivas de trabajo libre", p. 173 y ss.
[28] En Miguel A. De Marco "Los soldados del interior" en *La guerra del Paraguay*, Bs.As., Editorial Planeta, 1995, p. 340.
[29] *Revista de Policía*, 16 de octubre de 1906.

militares. Al respecto han señalado como una ventaja, algo que era percibido por los superiores, las nociones adquiridas de obediencia a la autoridad, condiciones físicas y mantenimiento del orden que convivían con el costado negativo ligado a la vida militar: falta de incentivos, bajo nivel intelectual y recurrente tendencia al alcohol. También, la experiencia militar trascendió a la tarea policial con el uso de la fuerza en los arrestos e interrogatorios y particularmente en las modalidades para el mantenimiento del orden el las ciudades pequeñas.[30]

Sin duda era la opción más tentadora y es confirmada en el análisis de los casos de los viejos servidores mencionados más arriba, quienes próximos a jubilarse en tiempos del Centenario, contaban todos con años de servicio en el Ejército: Salvador Benítez, sanjuanino, ex soldado de línea, participó en la campaña del desierto e ingresó a la policía en 1889 con cuarenta años de edad; Vicente Vázquez Soruco ingresó a la policía en 1888 con 24 años de edad luego de servir en el ejército durante cuatro años; Inocencio Viviani nacido en la República Oriental ingresó también en 1888 con 22 años de edad luego de servir como soldado del Cuerpo de Infantería de ese país; sargento Antonio Bustos fue soldado del Cuerpo de Artillería de Costas hasta 1894, ingresó a la policía con 26 años de edad; Agente Lorenzo Ferreira soldado durante dos años ingresa como agente de la policía en 1890. El caso más extremo parece el de Gabriel Caraballo "reliquia viva" – jubilado al momento del relato – que empezó a servir con Rosas como sereno "de los que cantaban las horas", participó en la Guerra del Paraguay y estuvo casi seis años de servicio para el ejército y "con cicatrices en el cuerpo de aquella guerra" ingresó luego directamente como vigilante en la policía de la capital. [31]

Los relatos relevados por la revista *Sherlock Holmes* completados con los datos de las fojas de servicio nos dan la evidencia de la centralidad que tiene la jubilación como objetivo que motiva el ingreso a la policía y el escaso interés por realizar una carrera de ascensos. Prueba de ello es que todos los casos mencionados más arriba se jubilaron con el mismo cargo con el que habían ingresado que era el de tropa, como sargento, cabo o vigilante y señalan la evidencia de la única expectativa por sumar los años de servicio faltantes para el retiro: "contamos la edad no por los años de vida sino por los años de

[30] Jean- Marc Berlière, *Le préfet Lépine. Vers la naissance de la police moderne,* Paris, Denoël, 1993; Jean-Claude Farsy, *op.cit.*, p.163.
[31] "Los Viejos Servidores", revista *Sherlock Holmes,* 3, y 10 de septiembre, 10, 17 y 31 de diciembre de 1912 y 6 de febrero de 1913.

servicio". [32] El reconocimiento a los años de servicio unía la experiencia militar con la policial como una misma, siendo esta última la encargada de redimir – por decirlo de algún modo – los años de servicio prestado a la "patria" como confusamente interpreta un sargento próximo a jubilarse, quien explica que su fidelidad a los superiores en la policía se debió "al intenso amor a la nación argentina".[33]

Para estos viejos soldados, el pasado militar fue la única experiencia de formación que declaran y – es más- la que exaltan como valor frente a las novedades de la academia policial. Reivindicadores de la práctica cotidiana y nostálgicos de una policía acriollada convivieron en sus últimos años de servicio con los cambios que perfilaban hacia una policía moderna. Compartieron el espacio y la vivencia en la comisaría y en la calle con hombres que ingresaban con otros anhelos. La camada de jóvenes cadetes que egresó en 1907 y 1909, de las Compañías de Cadetes impulsadas por Falcón como experiencias anteriores a la organización de una escuela policial, evidencian un perfil diferente que se consumará en los objetivos de la Escuela de Agentes de 1910. [34] Por otro lado, jóvenes meritorios ingresaban a la policía con la intención de obtener un medio de vida mientras cumplían una carrera universitaria, por lo general la de abogado. Recién recibidos de bachiller y pensando en el ingreso a la universidad, "me mandaron a prestar servicio en la comisaría 3ª que al igual que las otras con sus prolongados horarios de guardias no

[32] Así lo confiesa el sargento Bernardo Cuello al entrevistador de la revista *Sherlock Holmes*, 27 de agosto de 1912.
[33] Testimonio de Inocencio Viviani a la revista *Sherlock Holmes*, 17 de diciembre de 1912.
[34] La primera Compañía de Cadetes de la Capital de 1906 se creó con el plan de lograr "instrucción sólida policial y militar", y se instituyó por falta de presupuesto con 200 vacantes disponibles de la plaza de vigilantes. El programa contenía formación en temas policiales y militares a cargo de un teniente del Regimiento de Infantería del Ejército; un fuerte entrenamiento físico con práctica de box, la inclusión de arte marcial japonesa "jiu – jitsu" y calistenia para adquirir destreza y "reducir malhechores y repeler sus ataques sin herirlos." La enseñanza teórica se organizó en base a procedimientos policiales, nociones derecho penal, contravenciones y el estudio de los reglamentos vigentes. Se complementaba con la instrucción militar - aspecto central en la formación de los cadetes – y el punto más sensible de las críticas del programa. Los cadetes debían presentarse diariamente en el Regimiento de Caballería en el cuartel del Maldonado de Palermo, donde se los iniciaba en las prácticas de tiro con fusiles máuser y sables bayonetas. La entrega de diez mil cartuchos de fogueo para la práctica de los cadetes desató la polémica sobre el carácter militar de la instrucción en detrimento de su función civil y se reclamó "devolver a los cuerpos de línea los libros de táctica y los tratados de estrategia y formar una conciencia policial y no militar, insistiendo en que la policía era una institución enteramente civil". Méndez, Ángel *Organización de la Escuelas de Policía. La sección institutos de la capital federal. Su historia, desenvolvimiento y estado actual.* Bs. As., s/d., 1935, p. 6-8; Rodríguez, A."El Coronel Falcón y la militarización de la policía", *Mundo Policial*, Año 6, Nº 33.

dejaban más tiempo que para el descanso (…) necesitando el empleo como medio de vida, debí ajustarme a él abandonando los estudios", rememora un viejo comisario.[35]

Muchos de ellos terminaban sus estudios y dejaban la policía y otros optaban por la carrera policial con un arma clave para el ascenso como era contar con cierto grado de formación. Al momento de proyectar sus compañías de cadetes, Ramón Falcón, conocedor de esa realidad, impulsó la eliminación de la categoría de meritorios para *convertirlos en policías,* es decir eliminar la vacilación vocacional del estudiante universitario y lograr la permanencia de esos hombres en la institución ofreciéndoles una formación policial.[36] De hecho, fueron esos meritorios que contaban con un grado de instrucción secundaria quienes lograron ascender en la carrera policial y alcanzar en poco tiempo el cargo de escribientes o auxiliares. Quienes contaban con ambiciones mayores, rindieron los exámenes para obtener cargos superiores.

Pero el dato de ruptura se dio justamente con el de esta camada de cadetes de las compañías, quienes una vez egresados y distribuidos en tareas dentro de la institución adquirieron la noción de la *carrera policial.* Falcón mismo lo señaló en sus memorias cuando reveló que los egresados de la primer compañía en 1907 participaron de los concursos para cargos superiores obteniendo los "cadetes" los primeros puestos.[37]

La revista *Sherlock Holmes* realiza un recorrido por veintidós de las cuarenta y un comisarías de Buenos Aires, relevando los datos y características del personal, tomando los antecedentes más destacados de las fojas de servicios que ofrecen los entrevistados.[38] Del relevamiento de las hojas de servicio de unos 150 empleados policiales surgen que los que figuran como egresados de las compañías de cadetes de 1907 y 1909 obtuvieron

[35] Nicolás Labanca *Recuerdos de la comisaría 3ª. Ambiente y acción policial hace 50 años.* Bs.As., Ediciones Viomar, 1960, p. 10-11.

[36] El proyecto de ley para la Escuela de Agentes que propuso Falcón – y que finalmente no fue aceptada – contemplaba contratos de cinco años y sueldo de $30 para los alumnos de la escuela. Además con la fe en que esos años funcionarían como estímulo a la carrera y formadores de vínculos eliminarían la idea de abandonar la fuerza. "Escuela de Agentes", *Memorias Falcón 1906-1909,* p. 45-46.

[37] De los concursos celebrados en 1908, de 140 aspirantes para el cargo de Oficial Inspector, 30 cadetes obtuvieron los primeros puestos con las más altas calificaciones; para 1909 había 11 Oficiales Inspectores egresados de la Primer Compañía y 86 Escribientes en servicio entre las 40 comisarías. "Compañía de Cadetes", *Memorias Falcón 1906-1909,* p. 41

[38] Esta revista fue de suma utilidad para la obtención de datos sobre la conformación del plantel policial de inicios de siglo. El relevamiento de veintidós de las cuarenta y un comisarías existentes para 1913 ofrecen datos muy peculiares para trazar perfiles, marcar paralelos entre el personal y para comprender los caminos que fue tomando la construcción de la carrera para casos específicos. Además de ser una revista que abunda en información policial también lo es en la descripción de los rasgos culturales de la época con notas sobre la vida cotidiana en Buenos Aires, el crimen, los negocios, el tráfico. Fueron relevados para esta investigación los cuarenta y cuatro números semanales publicados entre el 1º de agosto de 1912 y el 1º de julio de 1913.

cargos superiores por concurso. Incorporada la práctica del examen de competencia como noción del trabajo y de la carrera policial aparecen obteniendo los primeros puestos y las mejores calificaciones en diferentes concursos o a la espera de la asignación de un cargo luego de obtener los puestos.[39]

Esos datos no son menores y más bien son la evidencia de un corte visible en la disposición del plantel de principios de siglo y en la conformación de un grupo liminar de la carrera profesional de contornos más precisos.[40] Al parecer, poco tienen que ver estos cadetes con sus pares policías (pese al débil peso numérico pues la primera compañía fue de 200 cadetes y de 118 la segunda sobre un plantel de más de 4000 miembros) que ingresaron por diversas vías y en respuesta a distintas experiencias, pero que sin embargo convivieron en una misma institución. Por ejemplo, el caso de la comisaría 33º muestra cómo un cadete ingresado en 1907 logró en menos de cinco años ascender al puesto de auxiliar frente a su compañero ingresado diez años antes en 1897, como meritorio y con quien compartía la oficina, quien logró después de 12 años de servicio obtener el mismo puesto. [41]

Esta camada nos está evidenciando la presencia e internalización de la noción de la carrera policial, que se consolidará recién en los años 20 y 30, pero que aquí parece dar sus primeras muestras. La evidente marca que deja la experiencia de ser "cadete" se mantiene en todos los años de recorrido por la policía y los conforma como una "fauna" diferente dentro de la institución, les da prestigio y evidencia un origen distinto. Jóvenes que inauguran una rutina de vida, para quienes la jubilación era un beneficio entendido como la parte final de un largo recorrido y no la meta buscada por permanecer en la fuerza. Las compañías de cadetes, como lo será la Escuela de Agentes después,

[39]De las 22 comisarías relevadas por la revista *Sherlock Holmes* aparecen referencias a 24 cadetes egresados desde 1907, de los cuales 11 testimonian de acuerdo a sus fojas de servicios haber rendido y aprobado exámenes de promoción para ascensos mientras en el resto del personal los casos de ascensos se justificaban por los años de servicio o por recomendaciones de un superior. La revista no elude destacar a la figura de los cadetes – sobre todo en aquellos que aún no muestran promociones- augurando prometedoras carreras "breve carrera que no le ha dado tiempo todavía a desarrollar sus relevantes facultades para la función policial". Estamos tomando los datos de los números publicados entre el 30 de julio de 1912 y el 4 de marzo de 1913.

[40] Los cadetes construyeron la idea de un comienzo distinto para la policía y así fueron recordados y conmemorados institucionalmente en los años posteriores con reconocimientos y homenajes. Así en 1952 en ocasión de egresar la 45º compañía se realiza una entrega de medallas recordatorias a los egresados de la primera compañía con un discurso de reconocimiento en presencia del presidente Juan D. Perón. En *Revista de la Mutualidad de la Policía Federal*, Nº 319, diciembre de 1952, p. 15.

[41] Los casos pertenecen a los auxiliares A. Suárez Palacios (cadete) y a Mariano Rodríguez (meritorio) de la comisaría 33º. En revista *Sherlock Holmes* 4 de marzo de 1913.

modificarán el perfil deseado para la policía con condiciones de ingreso que escinden los rasgos que construyeron durante más de treinta años el plantel policial: ser argentino, saber leer y escribir y ser libre de antecedentes delictivos. Estas nociones parecen dar vuelta la página y dar muestras claras de *abandonar sus rasgos criollos* para organizar una policía moderna.

Así, la representación de un agente en los años ´20 es bien distinta:

> "Este nombre perteneció a uno de los bravos agentes de la policía de hace 30 años. El cambio fundamental que se ha experimentado con el agente de hoy radica en varios factores, principalmente el de la estética. Aquel era criollo de baja talla, de gran temple, de instrucción apenas rudimentaria; el de ahora es el joven esbelto, simpático, con aire de aspirante a la escena cinematográfica, de sólida ilustración condicionada al cargo, pero ambos de la misma calidad: corazón a toda prueba para la dura labor" [42]

El personal jerárquico de la policía constituye también una dimensión a considerar para pensar los hombres de la policía. El camino y recorridos para alcanzar los puestos de comisarios, subcomisarios o las jefaturas de las distintas divisiones podían ser bien diversos. Para el período que estamos mirando, no respondían a una lógica clara o visiblemente respetada que constituyera carreras o caminos de ascensos escalafonarios. Más bien, operó claramente una lógica política y de tejido de recomendaciones, vínculos sociales, difícil de reconstruir pero evidente en las referencias que vamos encontrando:

[…] "la jefatura de policía ha sido considerada siempre un puesto de orden político, ajeno al escalafón de empleados, un cargo de significación y confianza, desvinculado en absoluto de los méritos y derechos que pudieran imponer su ocupación por un funcionario de la institución policial (…) Justa o injusta esa práctica ha sido siempre tradición inconmovible todos los jefes de policía han sido ajenos a la institución".[43]

Es más, encontramos en 1904 - cuando se están delineando las bases para la construcción de una carrera policial y ya tiene unos años de vigencia el reglamento de

[42]Cuento "Mateo Fernández contra nueve" de Amleto Donadio, *Noticioso policial. De telegrafista a Sub-jefe*, Bs.As., Anaconda, 1943, p. 53.
[43]Nota de portada aparecida en *Sherlcock Holmes* en ocasión de nombrarse nuevo jefe de policía. "El nuevo jefe de Policía con el Sr. Eloy Udabe", 19 de noviembre de 1912

promociones dictado en 1898 – la resolución del jefe de Policía Cnel. Rosendo Fraga de eliminar el concurso por examen para el cargo de comisario. Con el argumento de que "el carácter, honorabilidad, la cultura imprescindible para el eficiente ejercicio de los elevados cargos de la administración pública, debe tomarse para su utilización (…) a cualquier clase o profesión a que pertenezcan los ciudadanos que los posean", bloqueó el concurso para puestos jerárquicos hasta el puesto de subcomisario.[44] El historiador policial Adolfo Rodríguez interpretó esta medida como respuesta a la tentadora posibilidad de adquirir un puesto de comisario – con salario similar al de un coronel del Ejército – para un conjunto de hombres que veían en esos cargos la única posibilidad de ascenso social para quienes sin estudios o profesión pudiesen adquirirla por otros medios.[45] Sin duda, la vía de ascenso social está puesta en juego con esta medida pero no parece ser novedosa para una tradición de nombramientos en ese sentido en la policía. Al parecer, observando el tiempo político en el que se toma, se está preservando la utilización de las comisarías para destino de hombres que puedan responder de forma más clara a las exigencias de esos años.

La agudización de los conflictos sociales también puede ser clave explicativa del uso de estos puestos de suma importancia para la ejecución de cualquier medida; pero también ampliar los beneficios hacia quiénes pudieran concluir una carrera con una jubilación más tentadora y ofrecerla incluso entre pares militares que podían tener bloqueado su ascenso en la carrera castrense.

Del relevamiento realizado por la revista *Sherlock Holmes* en las comisarías de la capital entre 1912 y 1913 consideramos los casos que aparecen de comisarios. La diversidad de ejemplos de vida confirma en algún sentido que el alcance de estos cargos se dio como premios a acciones anteriores, por el prestigio ganado en la sociedad por alguna intervención, rápidos ascensos pero también está presente el recorrido escalafonario. Un dato curioso que surge de ese relevamiento es que la mayoría de los comisarios que hicieron este último recorrido, ingresaron como meritorios a la policía pasando luego por el cargo de escribiente y auxiliares. Este dato nos permite considerar que en un plantel con escasa formación y de elevado analfabetismo, el hecho de contar

[44]Nota del R. Fraga al Ministro del Interior Rafael Castillo en la que fundamenta la decisión. 12 de noviembre de 1904

[45] Rodríguez, Adolfo *Historia de la Policía Federal Argentina*. Tomo IV 1880-1916, Bs.As., Editorial Policial, Policía Federal Argentina, 1975, p. 265.

con ciertos saberes elementales y destreza en las faenas administrativas podían ser ciertos para el éxito en una carrera de ascensos.

La camada de meritorios dentro de la policía estaba constituida por jóvenes que tenían por lo pronto la formación escolar cumplida y en muchos de esos casos eran estudiantes universitarios, básicamente estudiantes de derecho, que sumaban el componente civil más ilustrado. Algunos tomaban el trabajo en la policía como medio hasta concluir sus estudios y otros una vez recibidos, permanecían allí, hecho que facilitaría pensar en una carrera de ascensos. De todos modos, fueron diversos los recorridos, pero una importante cantidad de ellos muestra en sus hojas de servicios haber alcanzado por concurso los distintos estados hasta el cargo de comisario. Hombres con más de veinte años de servicio – muchos de ellos ingresados en la década del ochenta – contaban en algunos casos con actuaciones militares, pero eran mayoritariamente civiles. "Todos excelentes muchachos" celebraba *Sherlock Holmes* el ascenso de nueve comisarios y subcomisarios, luego de una prolongada carrera burocrática.[46]

Si no pertenecía a los escasos casos de ascenso interno, la llegada directa a ese cargo obligaba a aprender lo necesario en cada seccional siendo su actividad básicamente política y no necesariamente técnica.[47] El cargo de comisario era ocupado por hombres que tenían un fluido contacto con la jefatura – y muchas veces lazos de amistades políticas – fundando la práctica corriente de reuniones informales en el despacho de la jefatura, que con rondas de café y otros tragos se consolidó como costumbre que perduró y se afianzó durante el tiempo de Falcón. Estos encuentros semanales eran vistos no sólo como ocasiones para discutir asuntos institucionales sino para hacer "tertulia amistosa" entre pares, fundamental para la consolidación de la fuerza policial.[48]

[46] *Sherlock Holmes*, "Los ascensos policiales", 29 de octubre de 1912. Marcos Bretas analiza para el caso de Rio de Janeiro como la participación en la policía con cargos jerárquicos funcionaba como una forma de carrera de aspirantes para el ingreso a la élite política. Los beneficios económicos no eran atrayentes compensado por el peso de representar una autoridad del Estado. En Bretaz, A *Guerra das Ruas: Povo e Policía na Cidade do Rio de Janeiro*, Ministério da Justiça, Arquivo Nacional, 1997, p.114.
[47] Así lo menciona como realidad en el mundo de los comisarios, el ex comisario y autor de *Medio siglo de historia de la Caja de Socorros de la Policía y Bomberos de la Capital, 1890-1940*, Lorenzo Fernández Duque, *op.cit.*, p. 67
[48] *Revista de Policía*, 16 de octubre de 1906 "Reuniones de comisarios".